Rodríguez, César Atahualpa. *Cien poemas. Selección y notas de Alonso Ruiz-Rosas y José Luis Sardón. Estudios preliminares de Jorge Cornejo Polar. Lima, Banco del Sur del Perú, 1984; 195 pp.*

La poesía arequipeña tiene algunos exponentes que han merecido la atención de los estudiosos de la literatura peruana; por ejemplo Mariano Melgar, quien en sus yaravíes revaloró la tradición poética indígena, y Alberto Hidalgo, poeta de obra vastísima y cualitativamente dispereja. Sin embargo, otros poetas arequipeños han sido injustamente olvidados, sobre todo los que integraron el movimiento "Aquelarre", nos referimos a Percy Gibson, Belisario Calle y en especial al más original de todos ellos: César A. Rodríguez (1889-1972); es por eso elogiable que se edite una antología de Rodríguez, quien en vida sólo dio a conocer dos poemarios: *La torre de las paradojas* (1926), que Alberto Escobar calificó de notable y *Sonatas en tono de silencio* (1966).

Cien poemas adjunta algunos estudios de Jorge Cornejo Polar sobre la relación entre la lírica de Rodríguez y su prolongada vida (discutible establecer vínculos muy estrechos entre el yo poético y el biográfico), la poesía asumida como tema poético, la visión del mundo que subyace en su producción poética, etc. Lo que es aún más discutible, ya en la parte propiamente antológica, es la forma asaz convincente como han sido clasificados los poemas: "Paisajes I", "Paisajes II", "Estampas I", "Estampas II", "Intimidades"; hay textos fuertemente descriptivos que no se explica por qué los antologadores los han colocado arbitrariamente en "Intimidades". En todo caso creemos que la clasificación realizada en cinco apartados empobrece la antología, al no brindar una guía de lectura que permita apreciar adecuadamente las diferentes dimensiones significativas que actualizan los textos antologados, pues la tarea del antologador debe ser la de ofrecer al lector los diferentes matices de la producción literaria de un escritor.

Leyendo *Cien poemas* se observa que Rodríguez está visiblemente influido por la retórica modernista. Lo interesante es el fuerte apego a los moldes tradicionales, incluso en poemas escritos en la década del

sesenta: "Impresionismo", verbigracia, está fechado en 1968. Este fenómeno no es explicado por Jorge Cornejo en sus estudios preliminares y nos parece indispensable señalar la original manera como Rodríguez asimila los aportes vanguardistas sin salirse del verso medido y la rima, en este sentido se asemeja (salvando las distancias) a Martín Adán, por el equilibrio que busca entre los elementos tradicionales y los de ruptura.

Dentro de la más o menos variada gama tematólogica de la poesía de Rodríguez, creemos que los poemas de crítica social constituyen verdaderos logros por la manera como el mensaje político no deteriora la fuerza expresiva del texto poético, sino que, por el contrario, la enriquece; en "Marcha heroica" se hace una recreación imaginativa de hechos relacionados con la función del proletariado en la edificación de una nueva sociedad: "Desdibujados en sus burdos trajes,/ greñosos, lívidos y tétricos,/ van por el filo de la madrugada,/ los obreros.// Duermen aún los ricos prepotentes,/ los que amontonan el dinero;/ mientras se acercan al taller los otros;/ los obreros". El estribillo se mantiene a través de las once estrofas y cumple acertadamente su funcionalidad enfática. Otros poemas de parecida línea tematólogica son "El burgués", en el que se presagia la caída la sociedad capitalista y del individualismo que degradan a los seres humanos y "Panfleto No. 2" que poetiza en torno a la hipocresía de los que hablan de una forma y actúan de otro modo, incoherencia entre pensamiento y acción.

Rodríguez también dedicó algunas de sus páginas a elogiar la belleza de Arequipa, en su "Canto a Arequipa" recurre a imágenes panteístas para hacer un marco histórico de dicha ciudad, mencionando los personajes más famosos que han sido oriundos de ahí. El yo poético expresa hiperbólicamente su orgullo de arequipeño: "yo no he nacido peruano; yo he nacido arequipeño". Este poema posee gran densidad semántica al introducir notas paisajísticas dentro de una órbita histórica muy concreta, lo cual le brinda una considerable fluidez discursiva. El Misti es un verdadero símbolo en la poesía de Rodríguez, representa la insurgencia provinciana ante el centralismo limeño; Arequipa y el Misti se encuentran li-

gados porque fueron testigos de las más diversas insurrecciones: "El Misti y Arequipa son afines:/ entre los dos hicieron los más fieros motines;/ por las calles -sus venas- se pasea la Historia" ("Arequipa").

Otros poemas de Rodríguez poseen más bien una estructuración significativa basada en un soporte filosófico próximo al escepticismo, en "Nocturno de la calle" el yo poético se contempla a sí mismo como un insignificante ser: "¿quién soy rodando como un átomo/ sobre este mar inmóvil? ¿Soy el tiempo?", luego concibe la vida como un camino que no conduce a ningún lugar porque lo que busca el ser humano se le aleja cada vez más: "Camino sin conciencia de ser algo,/ de ese algo que se va, que se está yendo...", este pesimismo del yo poético tiene claras connotaciones idealistas y es producto de la falta de un movimiento dialéctico hacia el futuro, lo cual se traduce en una completa ausencia de esperanza: "soy el Ulises de la Nada..." ("Claroscuro"). Ahora bien, este pesimismo parece contradecir al optimismo de sus poemas de crítica social, sin embargo, no es así porque la lección resultante es que el individualismo conduce a la desesperanza, mientras que la confianza en la optimista búsqueda de una nueva sociedad. La poesía de Rodríguez, pues, articula las dos representaciones ideológicas y su permanente contradicción.

Rodríguez maneja acertadamente los recursos tradicionales de la versificación y evidencia una gran fluidez en el manejo de las distintas formas estróficas, a lo cual une un profundo nacionalismo y una aguda penetración crítica en el tratamiento poético de temas íntimamente vinculados a la historia peruana.

Finalmente creemos que *Cien poemas* contribuye a la difusión de la poesía de Rodríguez y es un libro de infaltable lectura, porque nos permite apreciar una muestra de la trayectoria de un artista tan poco conocido en nuestro medio.

Camilo Fernández Cozman

Pacheco, José Emilio. *Los trabajos del mar*. México, ERA, 1983.

Lugares y tiempo son algunas constantes en la poesía de José Emilio Pacheco. En cierto modo, dos caras de una medalla: el tiempo araña permanentemente a los seres y las cosas y así modifica los lugares. Pero el tiempo es una pantalla por donde cruza la historia, el verdadero motor. Entonces, la percepción de la realidad es engañosa sólo si alteramos la forma de contemplarla. A Pacheco eso le ocurre en muy contadas ocasiones, sobre todo cuando cede al espíritu juguetón del propio lenguaje. La mayoría de veces su mirada constituye una óptica rigida por la lucidez poética y el juicio corrosivo de esa historia.

De una manera dialéctica -con tesis, antítesis y síntesis- los poemas de este último libro, *Los trabajos del mar*, exasperan, por decirlo de algún modo, una temática agotada en apariencia. No le devuelven la vida a la retórica que tan certeramente condensa *Tarde o temprano* (1980), la recolección de veinte años de esta poesía (1958-1978); insisten, fastidian, golpean un clavo que no termina de entrar, ¿en dónde?, en el lenguaje. Esos verbos deben elevarse, de su nivel peyorativo, al plano metafórico en que se sitúa y desenvuelve toda obra de creación; más aún la de Pacheco, nutrida con los soberbios alimentos de la fatuidad de un mundo en acelerada decadencia. El poeta le mide los pasos al desastre, pero no cesa de proclamar una verdad que, escondida en los escombros, impone con paciencia otra clase de signos.

Los trabajos del mar son la perseverancia y el sometimiento. En este sentido José Emilio Pacheco *no* brinda un discurso edificante porque trabaja con lo evidente, ese monumento de cera que es el alma de la sociedad industrial. Su poesía es principalmente descriptiva, pero además cada texto contiene una anécdota. O, si se quiere, encierra el detalle significativo de una historia todavía más amplia.

A diferencia de cierto pesimismo de libros anteriores, en éste el poeta deja en claro una postura que no cierra las puertas ante la hecatombe o la tragedia personal. Pacheco resuelve, por convicción y fe, dar testimonio de una certeza espiritual y una confianza a